

PiNOCHO

AÑO. IV
NUM. 178

25 cts

15 JULIO
1928



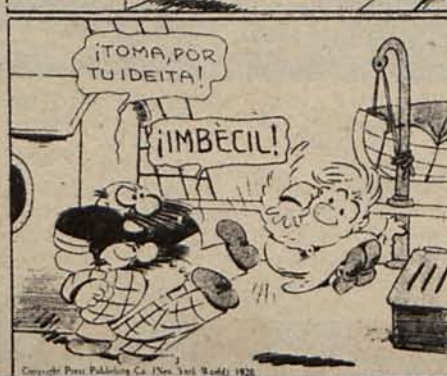
- UNA VEZ ME BAÑE EN EL MAR ROJO ¿Y SABES COMO SALÍ?
- ¿COLORADO?
- NO, CHORREANDO

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: 5, SEBASTIÁN.-ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAÍSES AÑO 23 PTS.



La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón





EL AVIÓN NEGRO

NOVELA

Por

ALBERTO ORS

(Continuación.)

—¡Espial — murmuró Vera con acento de desprecio infinito.

—Usted comprenderá — continuó diciendo Godunov — que el medio mejor

para procurarme tales documentos era el de las pesquisas; pero era difícil hallar las huellas del movimiento revolucionario en casa de un hombre tan prudente como Duda y como todos sus compañeros. Y no obstante, yo abrigaba la esperanza de hallar algún rastro precioso cerca de él. ¿Y no sabe usted por qué? Porque Duda estaba enamorado, y cuando un hombre está enamorado se olvida de todo, hasta de la prudencia, para conservar las frases de la mujer amada. Pues bien, el esfuerzo de mi inteligencia fué premiado de un modo superior a sus méritos. ¿Sabe usted lo que encontré encima de José Duda en el forro de su chaleco, pegado al mismo corazón? ¡Mire usted!

Y mientras hablaba de esta suerte, Godunov sacó del bolsillo un paquete de cartas y se lo enseñó a Vera.

—¿Conoce usted estas cartas?

—¡Mis cartas! — exclamó Vera, y abalanzándose sobre Godunov con la rapidez del relámpago, le arrebató el paquete de la mano, arrojándolo a la estufa que ardía a dos pasos de ella, mientras cerrábale el paso al oficial. Pero Vera, muy sorprendida, vió que éste no hacía nada por disputárselas, sino que contentábase con sonreír diciendo con voz meliflua.

—Veo claramente que soy más fuerte que usted. Perderá usted la batalla.

Vera, sacudida por un vivo temblor, no comprendía el sentido de sus palabras.

—Siento mucho tener que decirle, mi futura esposa, que no ha quemado usted más que el *fac-simile* exacto de las cartas que escribí a su ex pretendiente, y que los originales de dichas cartas están guardados cuidadosamente muy lejos del alcance de su mano.

El corazón de Vera acongojóse en un mar de amargura. ¡Estaba perdida! Si las cartas escritas por ella a José Duda se hallaban en poder de aquel infame era evidente de que estaba a merced suya. Pero la joven recobró de pronto su presencia de espíritu.

—¡No me importa! — repuso —. Esas cartas de nada le sirven a usted. Están escritas en un lenguaje convencional.

—¡Eso es cierto, certísimo; pero usted sabe muy bien que todos los lenguajes convencionales tienen una clave, y tengo el gusto de manifestarla que yo poseo... esa clave!

—¡Miserable! — exclamó Vera —. ¿Ha violado usted...?

—Sí; he violado el secreto de su aposento. Durante sus largas ausencias, no sabiendo cómo pasar el tiempo, he amenizado mis ocios en el sitio que conservaba las huellas de su vida íntima. ¿He cometido una indiscreción? Quizás sí. De todas maneras, es una indiscreción que puede perdonársele a un enamorado.

—¡Infame!

—¿No me creía usted capaz? Le agradezco la buena opinión que tenía de mí. Lo cierto es que mis visitas frecuentes a su escritorio me han dado un excelente resultado. En un cofrecillo de su propiedad he hallado las cartas que le escribía José Duda y la clave del lenguaje convencional que empleaban ustedes.

El capitán Godunov le presentó a Vera otro paquete de cartas, diciéndola al mismo tiempo:

—¿Quiere usted echarlo al fuego también?

Vera, lívida de dolor y de cólera, no desplegaba los labios.

—Comprendo muy bien — dijo el capitán — que esta inopinada noticia la turbe y desconcierte. Pero yo no soy tan malo como usted se figura y la brindo, aunque reconozco que con excesiva generosidad, un medio para volver a la posesión de los originales que tan queridos son para usted.

Vera hacía ya rato que no le escuchaba. Había comprendido de repente la gravedad extrema de su situación. Aunque en la correspondencia sostenida entre ella y José Duda habían observado una extrema prudencia, sin embargo contenía las pruebas suficientes para comprometer de una manera terrible a ella y a sus amigos. Nada la hubiese importado el destino cruel que la estaba reservado; pero ella tenía el deber de advertir con tiempo a sus amigos del peligro que les amenazaba. Además, se había impuesto un deber tan imperioso como aquél, y tenía que cumplirlo a toda costa. ¡Después, que fuese de ella lo que Dios quisiera! ¿Qué caminos se ofrecían ante ella para desbaratar la horrible trama urdida por Godunov?

—Ya habrá usted comprendido — continuó diciendo el capitán — cuál es el medio que la propongo. Consienta usted en ser mi mujer y la haré un precioso regalo de boda: El mismo día de nuestro casamiento, en el momento en que pronuncie usted el sí por mí tan codiciado, le entregaré sus cartas y las de José Duda. ¿Adónde iría usted a buscar un enamorado de espíritu más conciliador que el mío? Se me figura que mi proposición no puede ser más ventajosa. ¿La acepta usted?

Vera ni le escuchaba ni le respondía, fingiendo estar pendiente de las palabras del capitán, mientras tenía la imaginación en otra parte.

—Es preciso que me responda usted en el acto, antes de que yo salga de aquí, pues no creo que me suponga usted tan ingenuo que permita que se aproveche de mis revelaciones.

Después de examinar con rápida lucidez la situación, Vera no vió ninguna salida. Sin embargo, miró en torno suyo como si buscara algo que pudiera venir en su ayuda.

—Es inútil que intente usted escaparse. Mientras hablaba con su padre, tuve buen cuidado de cerrar las puertas, y su mismo padre ha cerrado la de esta habitación.

Vera no pudo ocultar el terror de que se hallaba poseída.

—Ya ve usted — añadió acercándose a su víctima — que he sabido tomar todas las precauciones necesarias. ¡Valor! Y decídase usted por lo que le tiene más cuenta. Vale más ser la mujer del capitán Godunov que acabar no se sabe de qué manera en las prisiones del Czar... Acuérdesse usted de José Duda...

El recuerdo del bárbaro martirio infligido al hombre adorado por aquella fiera humana operó como un poderoso reactivo en la energía vacilante de Vera, que exclamó con voz vibrante de odio, mientras fulminaba una terrible mirada contra su infame perseguidor:

—¡Maldito seas!

Y agarrando luego con ambas manos el pesado jarrón de flores que estaba en el centro de la mesa lo estrelló con todas sus fuerzas contra Godunov.

Este, herido en pleno rostro, cayó al suelo aturdido, lanzando una horrible blasfemia de rabia y de dolor. Intentó levantarse y abalanzarse sobre Vera, pero no pudo

hacerlo porque la sangre abundante que le manaba de una anchura herida en la frente le cegaba la vista.

Vera, rápida como el relámpago, aprovechando la turbación de Godunov, corrió a una ventana, abrió apresuradamente la doble vidriera y saltando por encima del alféizar, cerró los ojos, se encomendó mentalmente a Dios y se lanzó en el vacío...

V

La sentencia de muerte.

En la noche del 22 de Febrero de 190... el palacio por excelencia, aquel que pudiera llamarse la casa matriz de todas las residencias, el Palacio de Invierno, el colosal edificio unido al Ermitage por un puente cubierto, parecía dominar desde lo alto, con el resplandor de sus millares de luces, a todos los demás palacios y abrigarlos bajo sus alas gigantescas.

Construido en estilo rococó por el arquitecto Rastrelli, durante el reinado de la Emperatriz Catalina, fué a menudo objeto de reparaciones y asimismo agrandado para colocar a la innumerable multitud de servidores de todas clases, que vive a costa del erario público.

El Palacio de Invierno es una gran ciudad, que tiene aproximadamente las dimensiones del palacio del sultán de Constantinopla. La semejanza no puede ser mayor y demuestra la identidad del origen y de las costumbres entre los dueños del Oriente y los dominadores del Norte. Para dar una idea del fausto y del desorden que hasta hace muy poco reinaba en el inmenso serrallo, bastará con recordar dos anécdotas: la del centinela que Catalina puso para que montara la guardia a una rosa y que no dejó de prestar sus servicios ni un solo día hasta el reinado de Alejandro III, cuando ya hacía más de un siglo que se había marchitado y desaparecido la rosa, y la de aquella vaca hallada en el granero del palacio durante el primer registro escrupuloso del personal, después de un incendio que estalló en el reinado de Nicolás II. El pobre animal era el huésped de un antiguo servidor del palacio que la mantenía allí para su uso particular.

Desde entonces acá la vigilancia de la policía, que se hizo necesaria a causa de los tristes acontecimientos que todos conocen, restringió aquella gran libertad; pero el Palacio de Invierno continuó siendo, no obstante, el centro, la personificación y la razón de ser de San Petersburgo, aunque San Petersburgo, más bien que la capital civil, industrial, comercial y política de un gran imperio, es una Corte como la Versalles de Luis XIV. Todas las manifestaciones de la vida que no se relacionan con la existencia de la Corte ocupan un lugar secundario y accidental.

En el lenguaje oficial la capital se llama «La Residencia».

El teatro, la Opera italiana y la Comedia francesa, las colecciones de todo género, son otros departamentos anejos a la Casa Imperial. El mismo Ermitage, magnífica galería de cuadros y de objetos de arte que puede rivalizar con las más ricas de Europa, ha dejado ya de pertenecer al gabinete del Soberano y se admite en ella al público amablemente. Hasta la muerte de Nicolás I, los visitantes no podían entrar sino en traje de etiqueta. Un europeo que se hubiera encontrado aquella noche en el Palacio de Invierno se habría percatado en el acto de la nota más vigorosa de originalidad de la capital rusa, esto es, de la absorción de la vida general merced a la irradiación de un solo dueño.

Desde por la mañana los oficiales del palacio de la Casa Imperial habían recorrido toda la ciudad distribuyendo las invitaciones entre los elegidos convocados para la noche. Una invitación hecha por la Corte es una orden dada aquel mismo día, y en virtud de la *etiqueta* reconocida y sancionada, deja libre a la persona que la recibe de todo

otro compromiso particular anterior. La invitación hecha por la Corte hasta anula los deberes y obligaciones para con los muertos, porque el luto no dispensa de asistir a una ceremonia imperial, y los colores negros y fúnebres deben ceder el puesto a los tonos alegres y vivos de los fastuosos trajes de baile, ya que en la Corte no se permite otro luto que el que llevan los miembros de la familia imperial.

A las siete de la noche, la vasta plaza que se extiende ante el Palacio de Invierno estaba atestada de centenares de trineos y de coches, de los cuales descendían informes masas de pellizas para subir por las diversas escalinatas del palacio. El baile debía comenzar a las nueve, y los invitados debían hallarse mucho tiempo antes en el salón para esperar al emperador. Sobre la nieve de la plaza fulguraba el pintoresco vivac de los cocheros congregados en torno a un gran fuego encendido en hornillos apropiados para el caso, en tanto esperaban la vuelta de sus amos.

Sobre aquella explanada de hielo aquellos hombres, envueltos en amplios abrigos de pieles, se asemejaban a gnomos, reunidos en el seno de las tinieblas para custodiar un palacio encantado, en cuyo recinto evocara un mago poderoso las más dulces visiones de un espejo primaveral.

Las doradas puertas iban cerrándose sucesivamente tras las masas de pellizas descendidas de los trineos y de los coches, dando comienzo al espectáculo fantástico.

El paso desde el aire glacial y seco de la plaza a la tibieza acariciadora del palaciego recinto es instantáneo, como también es instantáneo la transformación de las pardas crisálidas en bellas y gentiles mariposas, resplandecientes de gemas. Las pesadas pellizas caen como tocadas por una varita mágica de los hombros de las damas, y el enjambre alegre y gárrulo se pierde entre las flores raras y aromosas, que adornan la escalinata cubierta de tapices preciosos, en una atmósfera deliciosa que envidiaría el día más hermoso de primavera. ¿Quién va a pensar entre aquella multitud de seres, en apariencia felices, a los cuales por lo menos les está concedida la confortadora sensación del bienestar físico, no ya en el frío y en las penalidades que ocasionan la muerte del *mujik*, sino en la crueldad de la mano de hierro que llena de oprobio y de vilipendio con inconsciencia despiadada, el honor, la santidad de los afectos y los derechos del alma del pueblo ruso?

Un cortejo propio de las *Mil y una noches* se extiende y avanza a lo largo de la escalinata; ricas y lujosas blondas acarician los zócalos de pórfito de las columnas; joyas de todas clases centellean al vivo fulgor de las lámparas; uniformes multicolores, condecoraciones de oro y de plata, todas las galas y los adornos que ha inventado la vanidad, arrojan deslumbradores destellos, y los sables y las espuelas tintinean a pesar de las mullidas alfombras persas.

Los invitados desfilan entre piquetes de la guardia real, escogidos entre los más buenos mozos del regimiento, parecidos a gigantes, inmóviles como estatuas en sus fulgurantes corazas de acero bruñido.

Faltaba poco para las nueve, la hora de la llegada del soberano. Los invitados agrupábanse en el salón blanco, el salón del trono.

El general Nicola Sadoff y el capitán Godunov circularon entre los invitados. La frente del oficial, que sostenía una conversación animada con el general, estaba atravesada por una larga raya roja, que provenía sin duda de una herida reciente. Los dos hombres dirigieron al salón del trono, siguiendo la corriente del gentío y con el propósito de llegar a su sitio habitual, a espaldas de las ancianas damas del *retrato*, que se colocan en primera fila delante del trono, y que las llaman así por llevar en el pecho, en un cerco de brillantes, una graciosa miniatura de la soberana.

(Continuará en el número próximo.)

ANITA BUEN- CORAZON





LA PERLA NEGRA

CUENTO POR E. JALGARI

De seguro os habrán dicho, o lo habréis leído en algún libro, que esas hermosas perlas de fulgores casi fosfo-

minutos bajo el agua. Ahora bien; no vayáis a creer que todos salen a flote; aquellos desgraciados, para proporcionar las perlas a sus patronos, arriesgan su vida en cada inmersión.

rescentes que adornan las orejas de las damas se pescan en el fondo del mar.

En efecto; entre las arenas de los bancos perlíferos se ocultan numerosos enemigos, ávidos de carne humana.

Las producen ciertas conchas, algo semejantes a nuestras ostras del Tirreno o del Jónico, y sólo se encuentran en abundancia en los mares de la India y en el golfo Pérsico.

Sobre todo los tiburones abundan, y en cuanto comienza la temporada de pesca acuden en tropel; hay también ciertos pulpos gigantes, especie de calamares, con tentáculos de uno a dos metros de longitud, provistos de ventosas.

Las de la India, que son las más apreciadas por su esplendor, se cogen cerca de la isla de Ceilán, en un estrecho llamado de Manaar.

Estos horribles pulpos, cuando pueden envolver a un buzo, no lo dejan ya volver a la superficie, y lo desangran rápidamente con sus innumerables ventosas.

Todos los años, durante dos o tres meses, se reúnen en aquellas aguas varios centenares de barcas, tripuladas por hábiles pescadores y de buzos que no hacen otra cosa sino zambullirse desde que sale el sol hasta que anochece, sacando a la superficie ostras.

Hace dos años, en el banco de Manaar se había reunido una flotilla más numerosa que de ordinario.

Trabajan desnudos por completo, sin más que un cintillo, del que suspenden un cuchillo y cuelgan las redes destinadas a contener las ostras.

Había corrido la voz de que las ostras perlíferas abundaban prodigiosamente, debido quizás a las escasas borrascas padecidas aquel año, y los patronos de las barcas habían redoblado sus embarcaciones y su gente.

En cambio, a los pies se atan una piedra en forma de pilón de azúcar, con el fin de sumergirse más aprisa.

Y realmente, los primeros resultados prometían mucho. Gran parte de las ostras extraídas por los buzos del fondo del mar contenían perlas brillantísimas. Pero de pronto, y sin saber por qué, la producción menguó

Su zambullida dura de ordinario un minuto o minuto y medio, pero hay algunos indios que resisten hasta tres





a tal punto, que tanto los patrones como los tripulantes de la flotilla llegaron a sentirse preocupados.

El más meditabundo de todos era un viejo pescador indio llamado Nigala, quien en aquella desaparición imprevista de las ostras veía su definitiva ruina.

Aquel pobre diablo parecía haber nacido con la peor estrella. Tuvo hijos en abundancia, y de fortuna sólo un atisbo. Primero había sido agricultor, y la sequía destruyó sus cosechas; negociante luego, y los negocios le fueron mal; hízose pescador, y se encontró peor que nunca, pues sólo raras veces pudo ver sus redes llenas de pescado.

Por último, desesperado, vendió los pocos bienes que aún le quedaban para comprar un barco algo mayor y dirigirse al banco de Manaar.

—Probaré a pescar perlas—se había dicho.

Y, embarcando a sus doce hijos, puso rumbo a las pesquerías, con la esperanza de atraer esta vez los halagos de la Fortuna.

Pero, como siempre, allí también le acompañó su mala estrella, que parecía comprometer gravemente la suerte de los demás, pues, como ya hemos dicho, después de los primeros éxitos habían desaparecido las ostras.

Los pescadores que lo conocían no tardaron en achacarle tal mudanza.

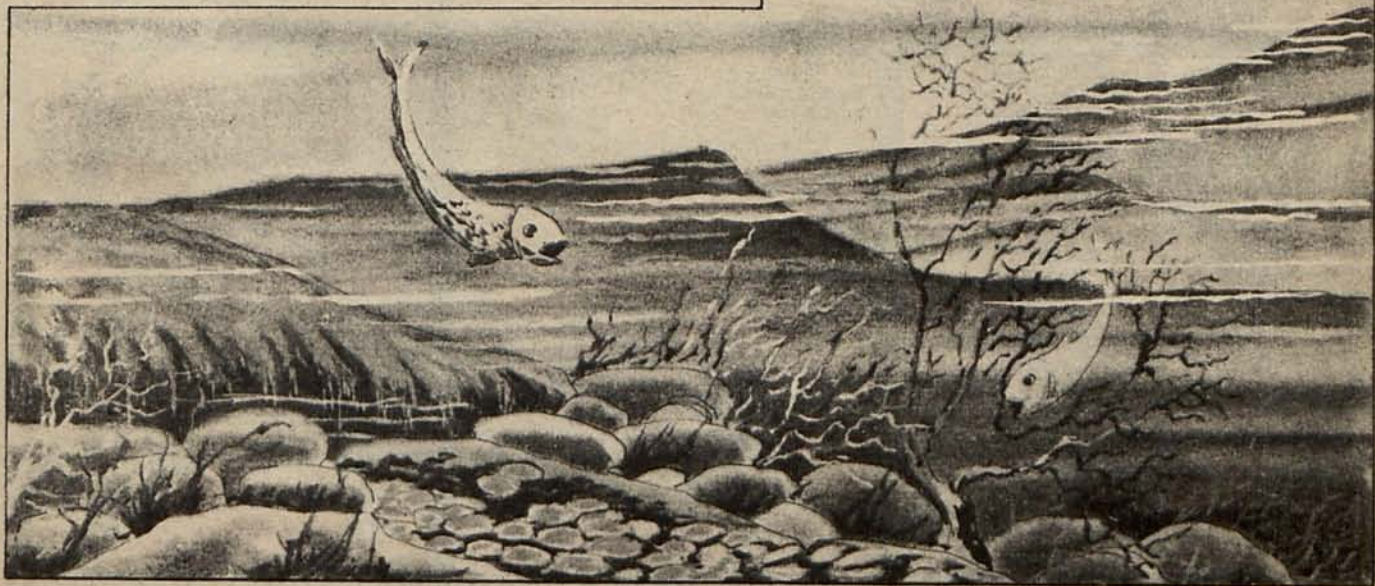
—Es Nigala quien ha espantado las ostras—decían. Nigala tiene mala sombra.

Y le miraban hostiles, mascullando amenazas contra el pobre viejo y sus doce hijos.

Nigala, siempre resignado, no se lamentaba de su suerte, antes al contrario.

—¡Dios lo quiere así!—murmuraba—. ¡Hágase su voluntad!

(Continuará en el número próximo.)



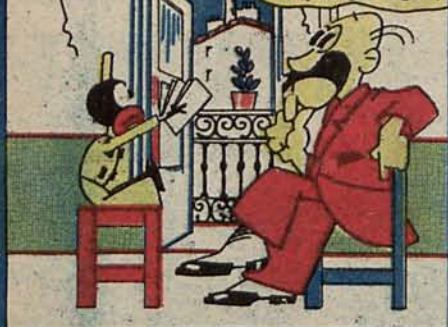


DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



AQUÍ NO SE PUEDE ESTUDIAR, DON TURULATO. ENTRE LOS CARROS, LOS PERROS, LOS GATOS Y LAS MASCAS, HACEN UN RUIDO QUE PARECE ESTO LA CASA DE TÓCAME ROQUE.

ESPERA A VER SI RECUERDO UN SITIO MUY SILENCIOSO QUE HAY EN EL PARQUE DEL RETIRO



¿VES QUE SITIO MAS SOLITARIO? NO HAY NI UNA RATA

¡YA YA! ¡PARECE MENTIRA QUE HAY TAN Poca ANIMACIÓN EN ESTA SOLEDAD TAN DELICIOSA



USTED COMPRENDERÁ, DON TURU, QUE CON EL JALEITO QUE SE TRAEN LAS RANAS NO HAY QUIEN SE APRENDA UNA JOTA

NO LA APRENDERÁS TÚ, QUE TIENES UN OIDO QUE ES UN FUELLE, PERO ESTA JOTICA LA ESTÁN CANTANDO LAS RANAS MUY BIEN



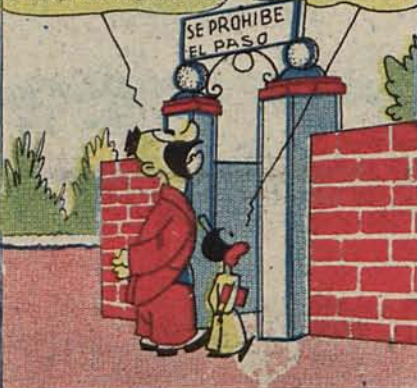
NOS IREMOS CON LA MÚSICA A OTRA PARTE PERO ME PARECE QUE TIENES TANTAS GANAS DE ESTUDIAR COMO YO DE NO COMER NATILLAS

ESO ES: ENCIMA DE LA MAÑANITA TAN PERRA QUE ESTOY PASANDO, SOLO FALTA QUE ME VENGA CON INDIRECTAS PARA QUE SE ME PONGA UN MAL HUMOR QUE NO PUEDA ESTUDIAR



AQUÍ DENTRO NO DEBE HABER NI UN ALMA. NOS METEREMOS DE INCOGNITO Y ASÍ POBRÁS ESTUDIAR A TUS ANCHAS

ELE, ELE. Y SI ENTRA ALGUNA RANA LE DIREMOS QUE SE PROHIBE EL PASO Y LA ECHAREMOS



ESTAMOS PERDIDOS, DON TURULATO. POR ALLÍ VIENE UN GUARDA Y COMO NOS VEA AQUÍ NOS METE EN LA CARCEL

¡CHIST!... CÁLATE QUE TENGO UNA IDEA



HAZTE LA ESTATUA Y NO TE MUEVAS, CURRINCHE

SI VIERA USTED LAS GANITAS DE ESTORNUDAR QUE ME ESTÁN ENTRANDO...



HOY ES DIA DE LIMPIEZA GENERAL. LO VOY A DEJAR TODO COMO LOS CHORROS DEL ORO

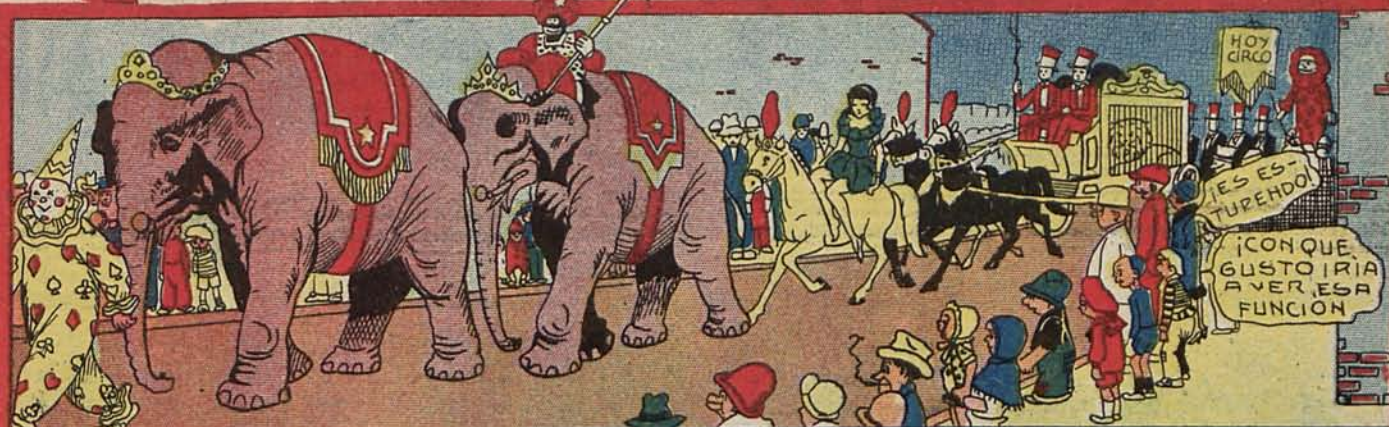


EMPEZAREMOS POR LAS ESTATUAS





COLORÍN y su PANDILLA



CUENTOS DE CALLEJA

LAS BOTAS DE CIEN LEGUAS

Castillo

En un lugar, que no es del caso especificar, había un muchacho llamado Antonio, estudioso como pocos y formal como ninguno en su país. Una vez vió a otros chicuelos de su edad que con una piedra hicieron pedazos una lagartija, y, al observar que cada trozo se movía por separado, quedó absorto pensando en los misterios de la vida que Dios ha dado a los seres distintos de la creación.

—Yo necesito —decía— saber en qué consiste ese secreto.

Y pensando en ello, echó a andar camino adelante, con el intento de consultar a quien pudiera enseñarle lo que no sabía. Por el camino se fijaba en los seres vegetales, admirando la lozanía de las plantas, cuya secreta vida, tan misteriosa como la de los animales, causaba en su espíritu viva emoción.

—¿Cuál será el secreto de la vida? —se preguntaba.

En esto apareció a su lado una matrona de bastante edad, de cabellos blancos y severo aspecto, la cual le dijo.

—Estudia mucho, hijo mío, estudia, y con constancia y humildad llegarás cerca del fin que te propones. Mas, para ello, necesitas correr mucho, mucho y sin descansar. Toma este par de botas, con las cuales se recorren cien leguas de una zancada. Cálzatelas, y con ellas te será más fácil la tarea; podrás consultar a los sabios que vayas encontrando, y ellos te dirán cuanto hayan podido averiguar respecto al asunto.

—¿Y tú quién eres, mujer bondadosa? —preguntó Antonio —. ¿Eres un hada o algún ser benéfico que viene en mi auxilio?

—Soy la Ciencia —exclamó la matrona—. El tiempo fabuloso de las hadas ya pasó; antes se creía que lo daban ellas todo hecho, ahora tiene que trabajárselo cada cual por su cuenta.

Cogió Antonio el regalo de la Ciencia, y vió que era un par de grandes botas de montar, en una de las cuales se leía: «Estudio», y en la otra «Constancia».

Al alejarse, dijo la Ciencia con melancólica sonrisa, pero con mucha gravedad:

—Con ese par de botas, pronto me alcanzarás. Mi

palacio está en la cumbre de la más alta montaña que se conoce, a la que llegan muy pocos de los mortales, pues la mayoría son unos locos que se pasan los años vegetando como las plantas o comiendo como los rumiantes, para quienes la ciencia y la experiencia son mitos. Mi palacio, pues, es la montaña de la experiencia, levantada con las cenizas de los sabios, apisonada por sus vigiliias y sus esfuerzos. Conque, ya lo sabes, hasta luego, pues espero que hemos de volver a vernos, no tardando mucho.

Con sus botas de cien leguas comenzó Antonio a recorrer el mundo, dejando atrás a las aves, a los buques, a las locomotoras y hasta a los mejores automóviles. Recorrió todos los países, y en ellos preguntaba con ansiedad a los sabios cuál era el secreto de la vida.

Todos los interrogados, sorprendidos por tan extraña pregunta, que nadie hasta entonces les hiciera, movían tristemente la cabeza, diciendo unos:

—Yo soy geómetra. Pregúntame el valor de un ángulo, y te demostraré cómo los tres de un triángulo valen dos rectos; háblame de cosenos, de líneas, de planos, y te contestaré cosas muy buenas, aplicables a las artes.

—Este hombre no sabe nada de lo que me interesa —dijo Antonio.

Y, moviendo sus botas de cien leguas, le dejó con la palabra en la boca.

Yo —decía otro— soy astrónomo; puedo decirte la distancia exacta del Sol a la Tierra, predecir un eclipse sin un segundo de error, medir la órbita de los astros, decirte hasta lo que pesan, millón de kilos más o menos; pero de eso que me preguntas no puedo decirte una palabra; es para mí un verdadero secreto.

—¡Huyamos de los matemáticos, huyamos de los astrónomos! —dijo Antonio.

Y, dando una zancada, se encontró a cien leguas del sabio astrónomo.

—Por mi parte —le dijo otro—, soy físico, y puedo decirte que la luz marcha con una velocidad de setenta y siete mil leguas por segundo; que el sonido sólo recorre trescientos cuarenta metros en el mismo tiempo; el gran poder que tiene la fuerza elástica del vapor;





podré demostrarte el principio de Arquímedes, y mil y mil y otros principios muy interesantes para las ciencias naturales.

—Bueno está todo eso, como lo que saben los geómetras y los astrónomos; pero del origen de la vida, que es lo que a mí me importa, ¿qué me dices?

—¡Ah! De eso no sé ni media palabra. En los libros no se trata de eso.

Antonio voló con ayuda de sus botitas en busca de un químico que le sacara de dudas; éste le preguntó asombrado:

—¿Conque no sé todavía si hay una sola sustancia o son varias las que entran en la composición de los cuerpos de la naturaleza; si los átomos son homogéneos o heterogéneos; si es cierta siempre la ley de los equivalentes, y quieres que te diga el secreto de la vida? Yo podré decirte que el hidrógeno es un metal gaseoso que se combina con el oxígeno para formar el agua, entrando en ello dos átomos del primero y uno del segundo; y así te podré decir otras mil cosas muy útiles para nuestra vida, que al fin es mortal.

—No me sirve nada de eso —exclamó Antonio—; veo que nadie acierta a complacerme.

Y salió corriendo hacia otra parte, embarcado en sus botazas, hasta tropezar con otro gran sabio de este mundo.

—Yo soy médico; yo estudio la vida sensitiva y de la materia orgánica y sus manifestaciones; arranco a la naturaleza sus secretos, estudiando en los muertos para curar a los vivos. La vida del cuerpo humano está en la célula, circula en los humores, se regula y manifiesta por el sistema nervioso; y esta vida tiene un límite, que es la muerte, de que nadie escapa, por poderoso y sabio que sea. De la vida del alma humana yo no sé más que lo que

enseña la filosofía cristiana, y pareceme que es muy bastante saber.

—Pero ¿cuál es la causa de la vida?

—preguntó Antonio con impaciencia.

—¡Ah! —dijo tristemente el galeno—; nosotros sabemos cómo se vive, pero ignoramos por qué.

Llegó por fin Antonio al palacio de la Ciencia, y allí vió a muchísima gente manejando máquinas diversas y distintos aparatos. Toda aque-

lla gente estaba ocupada en hacer algo en beneficio de sus semejantes.

A todos preguntó por el secreto de la existencia, y ninguno le supo dar razón. Antonio corrió desalentado en todas direcciones con sus botas, vertiginosamente.

Preguntó a todos, y todos contestaban lo mismo: —No sabemos nada. Nuestra ciencia tiene un límite.

Los literatos, los artistas, le dieron la misma contestación. Nadie sabía nada. Antonio perdía toda esperanza. ¿A quién dirigirle?

Por último, preguntó a la matrona de la Ciencia, que al oírle sonrió dulcemente, y le dijo:

—Voy a decirte quién tiene el secreto de lo que buscas.

Y levantando el brazo señaló con el dedo la inmensa bóveda del firmamento.

—Sólo Dios —exclamó— posee la clave de ese misterio, y no es dado al hombre levantar ni una punta del velo que lo cubre, a no ser por expresa revelación del mismo Dios.

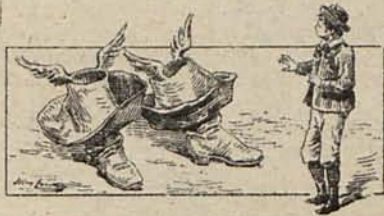
Antonio dobló la rodilla y adoró al Sér Supremo, que todo lo sabe, mientras los hombres, a pesar de nuestra vanidad, sabemos muy poco aún de las cosas que dominan nuestros sentidos.

Por eso el verdadero sabio, según el mundo, debe ser humilde, y con esa virtud sabrá más, mucho más, que otros muchos sin ella.

Véase un ejemplo al alcance de la persona más ruda.

Los alimentos de que se nutre el cuerpo humano son de colores y de sustancias diversas. ¿Cómo siempre y en todos los cuerpos se forma de esos alimentos los digeridos la roja sangre? ¿Cómo de la sangre, cuerpo homogéneo, se forma tanta variedad de órganos y de partes del cuerpo? ¿Cómo se verifican las sensaciones distintas entre sí en un mismo cuerpo? ¿Secretos de la vida maravillosa! Humillémonos y adoremos al Supremo Creador y Sustentador del Universo.

Antonio recibió una gran lección, que le fué muy provechosa. Guardó cuidadosamente sus veloces botas y se puso a estudiar y a trabajar con ahinco, llegando a ser un sabio, pero sin pretender forzar los conocimientos que al hombre le es dado conocer.





¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Buenos días, querido Chononcito.
—Muy buenos días, amigo buho. Espera un momentito que voy a estornudar... ¡Aatchis!

—Jesús.

—Oye, ¿se puede saber por qué estornudamos?

—Hay causas distintas que determinan el estornudo. Una de ellas es la presencia de algún cuerpo extraño en la nariz. Otra es un cosquilleo espontáneo y violento que irrita un nerviecillo que hay en el interior de las fosas nasales.

—¿Y es necesario el estornudo?

—Desde luego; la nariz es el conducto por donde respiramos el aire que nos da la vida. Cuando con este aire penetra algún cuerpecillo extraño lo siente en seguida el nervio de que te he hablado, el cual transmite su impresión al cerebro y de éste arranca el estornudo, que tiene por objeto espirar violentamente una gran cantidad de aire que arrastra a su paso el objeto extraño que excitó la sensibilidad del nervio.

—Sin embargo, querido buho, yo creo que muchas veces estornudamos porque un simple picor de la nariz nos obliga a ello.

—Es que el estornudo es obra de la parte inconsciente del cerebro, y como tal, no es posible que responda siempre a una necesidad. Lo que sí es rigurosamente cierto es que el estornudo no podemos provocarlo adrede.

—¿Ni evitarlo?

—Evitarlo es más fácil. Cuando se siente que va uno a estornudar basta con apretarse la nariz por ambos lados en el punto en que acaba el hueso.

—¿Y por qué estornudamos tanto cuando estamos resfriados?

—Porque el resfriado consiste precisamente en una irritabilidad de las mucosas, que al congestionarse aumentan de volumen y oprimen los nervios, los cuales protestan por medio del estornudo.

—Otra preguntita quiero hacerte que quizás te produzca extrañeza. ¿Por qué bostezamos?

—También hay distintas causas que provocan el bostezo. El cansancio, el sueño y el aburrimiento son causas determinantes del bostezo.

—Está bien; pero se puede saber ¿para qué bostezamos? ¿Qué se resuelve con el bostezo?

—Tanto cuando estamos aburridos, como cuando sentimos sueño o cansancio, no respiramos con la fuerza que debiéramos, y no llega a la sangre todo el oxígeno que necesita; entonces la materia nerviosa de nuestro cerebro reclama una aspiración profunda de abundante aire, y éste es el bostezo.

—Es decir, que un bostezo es todo lo contrario de un estornudo.

—Efectivamente, el bostezo lleva el aire al interior y el estornudo lo echa fuera con violencia.

—¿Y no te has fijado, querido buho, que muchas veces cuando bostezamos nos desperezamos también?

—Es cierto.

—Pues ya que eres tan complaciente te haré otra preguntita, si antes me aseguras que no te incomodas.

—¿Incomodarme yo? Me incomodaría si supiese que contenías tu curiosidad por un escrúpulo que no debes tener conmigo. Ya sabes que cuando más contento estoy es cuando tú estás en plan de preguntarme muchas cosas. Mi mayor satisfacción es ir revelándote cosas nuevas.

—Gracias, amigo buho; eres buenísimo conmigo.

—Anda, déjate de cumplimientos innecesarios y venga esa pregunta.

—¿Quieres decirme por qué nos desperezamos?

—Pues casi por la misma causa que la del bostezo.

—¿Para respirar mejor?

—Sí, señor Chononcito. Claro es que te extrañará saber que al estirarnos respiramos mejor.

—Así es; he comprendido perfectamente que el bostezo, como es una aspiración profunda, hace llegar el aire con más fuerza a nuestra sangre, pero eso de que al desperazararnos respiremos mejor, no lo veo del todo claro. Necesito una explicación.

—El acto de desperazararnos no nos ayuda directamente a respirar, pero sí de un modo indirecto. Préstame atención y verás cómo lo comprendes perfectamente. Al estirarnos ejercemos una función mecánica que consiste en estirar los músculos, ¿no es eso?

—Exacto.

—Al estirarse los músculos ejercen sobre las venas una presión que detiene por unos breves instantes la circulación de la sangre.

—¡Qué miedo me va a dar estirarme, querido buho! Se me va a figurar que va a detenerse demasiado tiempo la sangre que corre por mis venas y adiós Chonón.

—Eso no es más que una figuración tuya. Precisamente el efecto que el desperezo produce es todo lo contrario. Al detenerse la circulación, siquiera sea por un instante, llega la sangre al corazón con más empuje y tiene éste que palpar con más fuerza.

—¿Y que resolvemos con esto?

—Cuanto mayor sea la fuerza con que trabaja el corazón tanto más aprisa circulará la sangre, y cuanto mayor sea la rapidez con que ésta pasa por los pulmones tanto mayor será la cantidad de aire que pueda recoger y la respiración será más activa, más profunda, más beneficiosa, ¿comprendes?

—Perfectamente. Ya se me ha quitado el miedo, y para demostrártelo vas a permitirme que me desperece un poquito.

—Sería de muy mal gusto que lo hicieses delante de mí. El desperezarse y el bostezar son casi siempre síntomas de aburrimiento, de tedio, de cansancio.

—No digas más, amigo buho. Estando a tu lado yo no puedo sentir ninguna de esas tres cosas. ¿Me dejas ir un momento a por una cosa que tengo en mi cuarto?

—Sí, anda con Dios. Lo que tú quieres es bostezar a tus anchas.

—No, hombre. ¡Qué mal pensado eres!

—Anda, anda con Dios.



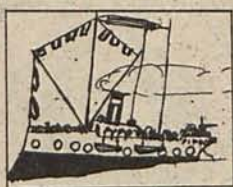
COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE JULIO

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



Viendo las estrellas.
ANGEL PULIN.



El cañonero «Pinocho».
MARIANO MUÑOZ.



En plena carrera.
JULIO ALONSO.



Faro.
JESÚS OLIVÁN.



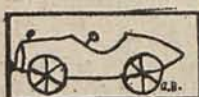
Pinocho, mecanógrafo.
E. B.



Una casita de campo.
MANUEL SÁNCHEZ.



Don Turu.
LU-TA-SÉ.



Un «auto».
GUILLERMO BARRERA.



Niño de la Palma.
A. ESQUIVIAS.



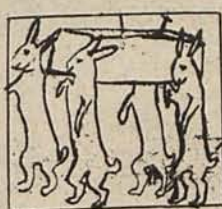
De caza.
ENRIQUE CASTRO.



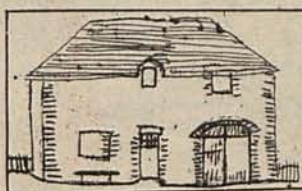
El buho.
CARMEN LÓPEZ



Siglo XVI.
M. PRECIADO.



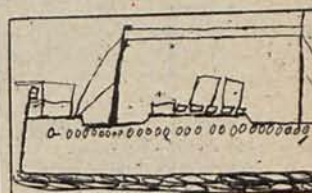
El entierro de Gazapete.
TEODORO GONZÁLEZ.



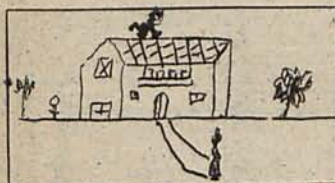
Una casita de pueblo.
RICARDO RODRÍGUEZ.



A Zenón le ha caído el gordo.
G. MONGE.



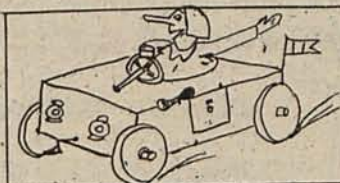
El crucero sin nombre.
JOSÉ M.ª ALVAREZ CASCOS.



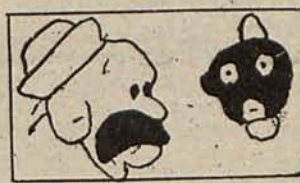
La casa de Currinche.
R. R.



Mi casita de muñecas.
LOLITA SANTOYO.



Pinocho, vencedor.
FERNANDO MATA.



Mis dos amigos.
ROSARIO LOSADA.



Mi amiga.
J. JARAQUEMADA.



Mi perro.
HERMENEGILDO GARCÍA.



Don Panfrito y Panchito.
JORGE GRAU.



Caricatura.
RAMÓN JARAQUEMADA.



Mi hermano.
R. LOSADA.



Polito.
CLOTILDE PÉREZ.



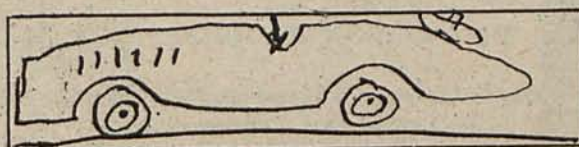
Sombras chinecas.
LOLITA MÉNDEZ.



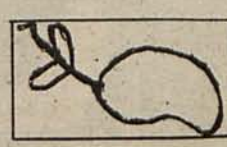
Currinche.
A. SÁNCHEZ.



Los reyes magos.
MANOLITO F. ACEBAL.



El «auto» de Pinocho.
P. GUTIÉRREZ.



Fruta filipina.
PEDRÍN NIGORRA.



El chino.
E. BENEDITO.

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE JULIO

Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

EN LA SELVA



La señora Cabrita caminaba un día por el bosque cuando le salió al paso el señor Don-oso y la preguntó por un pajarito y un conejito para su amo don León, pues quería este señor comérselos como aperitivos.

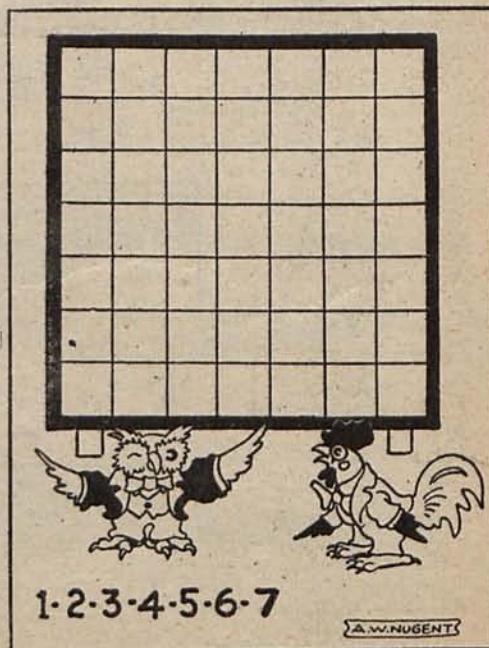
Excuso deciros que tanto el pajarito como el conejito se salvaron de ser comidos gracias a los buenos sentimientos de doña Cabrita, que no le dijo dónde estaban.

¿Sabriais encontrar al conejo y al pájaro?

CUADRO MÁGICO

Consiste este cuadro mágico en llenar todos los cuadritos poniendo en cada uno un número que no podrá pasar de siete.

La colocación será de tal forma que, tanto en sentido horizontal como vertical, sume en cada columna 28.



DIBUJO CON ERRORES

Ocho errores hay en este dibujo. Uno de ellos consiste en que tiene cuatro dedos en la mano izquierda.

VIDA PINOCHISTA



MARÍA HALCÓN LASSO DE LA VEGA.
Primer premio chistes de octubre.



JULIO MOLINARI.
Del Club «Pinocho» de Buenos Aires.



ARACELI MÉNDEZ.
Primer premio Concurso de Pasatiempos.



MARIO SALAZAR.
Entusiasta pinochista.



SANTIAGO PERNAU.
Segundo premio cuentos del mes de octubre.



CONSTANCIO LABATE.
Del Club «Pinocho» de Buenos Aires.



Una de las vistas de Buenos Aires, obtenida por el Club «Pinocho».

CARTA ABIERTA QUE EL CLUB SOCIAL Y DEPORTIVO PINOCHO de Buenos Aires DIRIGE A TODOS LOS PINOCHISTAS



El Congreso Nacional Argentino, fotografiado por el Club deportivo «Pinocho».

Nuestros estimados camaradas: En Buenos Aires siempre ha habido una selecta cantidad de amigos vuestros que os estiman de corazón. Y esos sinceros y entusiastas pinochistas argentinos, hermanos de raza de la inmensa mayoría de todos los pinochistas, desean mantener con vosotros una relación inquebrantable de verdaderos amigos. Por eso deseamos hacer saber a todos los pinochistas que en Buenos Aires hay una porción de amigos que se ponen a su disposición para ser consultados sobre cualquier cosa, ya sean deportivas o no, seguros de que rápidamente recibirán una respuesta sincera y detallada.

Además, atended esto: La República Argentina ha sido siempre la hija predilecta de nuestra gloriosa Madre Patria; el punto de adelanto y del enorme progreso argentino culmina en la ciudad de Buenos Aires. Todos, sin excepción, habéis oído hablar de esta joven y hermosa ciudad, pero mayormente no la conocéis. Por eso que el C. S. y D. «Pinocho», atento con esa circunstancia y con el deseo de que todos los pinochistas conozcan casi de vista a la gran ciudad bonaerense, editará en breve una serie de hermosas fotografías de vistas de esa ciudad, las que enviará gratuitamente a todos los pinochistas que se dignen solicitarlas de nuestra

secretaría; por medio de esas fotografías conocerán todos los pinochistas los principales edificios (hay hasta de 15 pisos), los principales monumentos, vistas de las principales calles, etc., etc.

Y queremos hacer constar que todas las vistas han sido obtenidas con nuestras perfectas máquinas y especialmente para este fin.

Enviaremos también algunas fotos de nuestros boxeadores, jugadores de fútbol, teams y otras cosas de gran interés.

Y dando un caluroso como afectuoso y amigable saludo se despiden de vosotros, esperando cartas de pinochistas de las 50 provincias españolas, los componentes del C. S. y D. «Pinocho» de Buenos Aires.

Enviad siempre toda la correspondencia a
C. S. y D. «Pinocho».

Colodrero, 3433.

Buenos Aires (Ciudad). República Argentina.



Pedro Ventoso, entusiasta pinochista y formidable púgil del Club «Pinocho» de Buenos Aires.



Hermosa avenida bonaerense, fotografiada por el Club «Pinocho».



SECCIÓN PIRULA

CHARLAS DE PIRULA... BORDADORA Y MODISTA

Flores y florecillas.
Se dice muchas veces de una niña, bonita y lozana, que «parece una flor».

A mí me pasa lo contrario; y es que

las flores son las que me parecen personas.

Por ejemplo, la rosa es una señora muy rica y muy elegante, que viste con mucho lujo y vive con mucho boato.

El clavel es su digna pareja; es un señor muy peripuesto y aristocrático, algo así como un señor duque; cuando menos un marqués.

La camelia es una señorita muy bella, pero inexpresiva; sus facciones son perfectas, todo en ella es bonito y delicado, pero el conjunto resulta algo soso.

Yo la casaría con el grave y correcto señor tulipán.

La dalia, por el contrario, es una persona llena de animación, de gracia y de fantasía.

La hermosa y presumida hortensia parece indicada para casarse con el fatuo narciso; mientras que la encantadora lila debería conceder su mano al amable jazmín.

En cuanto a la violeta... ¡ah! la violeta es una muchacha distinguidísima; viste con una elegancia discreta y borrosa que es el verdadero buen gusto, y gasta esencias penetrantes y suaves que solamente se huelen de muy cerca.

Pero todas estas personas... perdón, estas flores, tan diferentes unas de otras, tienen un lazo común: son flores de ciudad; aun cuando vivan en pueblos, habitan jardines de hoteles y de villas; son flores de la buena sociedad; flores «bien», en una palabra.

¿Y las otras? ¿Las del campo, las silvestres, brezos, amapolas o malvas? Esas son unas simpáticas aldeanas, sencillas y risueñas, con percal y calzadas con zuecos o alpargatas, pobretonas y palurdas.

No las apreciamos porque no nos gustan nada; y, sin embargo, ahora, en nuestras correrías por el campo, tienen más importancia que las otras, y no son, ciertamente, ni menos bonitas, ni menos decorativas.

En el jarrón de loza popular, sobre el tapete de llamativos colores que cubre la mesa del comedor, en nuestra casita de campo, resulta bastante más oportuno un manojo de amapolas que un delicado ramo de rosas de té.

Y también constituyen las florecillas silvestres un precioso modelo de bordado que reproduciremos con al-



godón o con lana, sobre la mantelería y los almohadones de la casa de campo, y hasta en seda para adornar los adorables vestiditos, airosos, casi impalpables, de las Pirulindas pequeñas, las menores de seis o siete años.

Ved qué lindo surtido os presento hoy en esta plana, de ese género de vestidos cuyos colores, hechuras y adornos, pueden variarse hasta el infinito.

El primero es de linón blanco, fruncido en su parte superior y terminado en su parte inferior por

una ancha franja de linón amarillo limón, cuya pegadura forma picos subrayados por florecillas bordadas en varios tonos.

El segundo es de crespón de China, rojo, plisado, con un canesú liso, adornado con dos motivos de florecillas bordadas en azul marino.

El tercero, completamente liso, es de vuela de algodón blanco; va cerrado en el descote por una cinta rosa y termina con anchas ondas, que pueden, si se quiere, festonearse o ribetearse, y en cada una de las cuales se borda un motivo de florecillas en color rosa.

Y el último es de crespón Georgette, rosa pálido, descotado en cuadro, fruncido sobre los hombros y adornado en el delantero con una guirnalda de florecillas bordadas en rosa y verde.

Claro está que todos estos trajecitos pueden hacerse en vuela de algodón, para que tengan mayor duración; con ello, casi no perderán nada de su gracia y su airosidad... y, en cambio, perderán seguramente



buen parte de su precio de coste.

Ya véis el buen servicio que pueden hacernos las florecillas silvestres, y, sin embargo, las pobres son muy desgraciadas.

En los campos se las considera como unas intrusas, como un estorbo; se las persigue sin piedad, se las destroza y, lo que es aún más triste para ellas, les cuesta mucho trabajo asegurar el crecimiento y el porvenir de sus hijitos, o sea de sus semillas.

¡Ay! si no fuera por la amabilidad de la compasiva señora Brisa...

Pero esto ya es un cuento, y os lo contaré el domingo que viene.

ALGUNOS CONSEJOS DE PIRULA

Apresuraos a tomar ahora mucha leche, pues es la bebida más indicada para los niños.

No bebáis nunca leche de cabra cruda; la fiebre de Malta, *casi siempre*, se coge así.

Cuando se hierva la leche, conviene removerla para que se mezcle con la nata; de este modo se echa a perder menos fácilmente. Para impedir con más eficacia todavía que la leche se agrie, se añade un gramo de bicarbonato de sosa por litro de leche.

En verano conviene cuidar mucho de que la leche esté en un sitio fresco y encerrarla en vasija de cinc, de cobre amarillo muy limpio o de hojalata.

La leche cuajada es uno de los alimentos más saludables que existen; además, parece ser que prolonga la vida. Debe cuajarse la leche artificialmente; para ello se echa en un litro de leche dos hojas de laurel, y se pone a hervir; pero se saca de la lumbre antes de que hierva a borbotones.

La leche así cuajada se come luego con azúcar.

